

La Zoología Bíblica

III. La Identificación de la Fauna

Homenaje a la memoria de Mons. Straubinger.

Esta colaboración tiene por propósito testimoniar la admiración por la obra de Mons. Dr. Juan Straubinger y, a la vez, la gratitud por las enseñanzas recibidas, no solamente en sus sabias conversaciones mantenidas con tanta llaneza, sino en aquellas lecciones públicas de hace unos años en los cursos de Cultura Católica de La Plata; en éstas muchos fueron los beneficiados y quedan agradecidos. Todos deseamos, pues, Paz a su alma.

Muchas veces expuse mis consultas a Mons. Straubinger sobre la identificación de los animales mencionados en la Sagrada Escritura, vistas las dificultades por causa de los nombres usados, y, a veces, por los significados perdidos. Sonreía, como buen sabio que era; para él, lingüista consumado, el problema abarcaba toda la "nómina" que usó la antigüedad; si puedo sintetizar sus respuestas, yo diría que las gentes de aquellas edades daban concretamente los nombres de los animales domésticos y superiores, el caballo, el asno, el león; para los inferiores, sobre todo los acuáticos y los insectos, tenían nombres comunes; por así decir, indeterminados, como de cosa primitiva, que, decía Mons. Straubinger, "como si fuesen gusanos", seres que se remueven en el fango, en aguas primevas; los peces están bajo un solo nombre; otra cosa son los "monstruos", es decir, los "grandes", pues no se toma en el sentido de deformidad sino de "coloso".

Dos pensamientos de Mons. Straubinger en sus notas a la Primera Epístola a los Corintios alego en defensa de este ensayo; primero, que hemos de espiritualizarnos para entender las cosas espirituales; lo cual no significa ser erudito sino ser como niños; segundo, que "es característico del hombre el hastío... ante la monotonía...": "y es que el hombre fué hecho a imagen de Dios. Bien podría El desafiar a cualquiera a que encontrara dos crepúsculos iguales". Y desarrolla la idea del continuo cambio de la naturaleza y en el hombre, la prodigiosa variedad, "y como todas estas cosas de la naturaleza no son sino imágenes de las realidades espirituales (cfr. Rom. 1, 20)" vemos en ello una prenda que el divino Padre nos da de lo que nos dará en la eternidad.

Leyendo el Génesis encontramos la enumeración de las creaciones, en sentido general, las aves, por ejemplo; sino "pululen las aguas multitud de seres vivientes", y un moderno piensa en los peces, desde las rayas a los caballitos de mar, en los cangrejos y camarones y langostinos, los caracoles; pues qué otra cosa podían ser ni ver; y luego "Y creó Dios los grandes monstruos marinos", es decir, los cetáceos como las diversas ballenas, el gigantesco cachalote, los grandes delfines, y todavía podía referirse a los tiburones gigantes. Son muchas, "según su especie". Así, "toda ave alada". Straubinger en nota a Gen. 3, 8 dice que "La higuera es el primer árbol cuyo nombre aparece en la Biblia, el segundo es el olivo". Creo que los animales son el cuervo y luego la paloma (id. 8, 7 y 8) en el relato del final del diluvio.

Hemos dicho que los peces aparecen con un solo nombre dag, dagah, aunque eran varios conocidos y Salomón (I Reyes, 4, 33) disertó sobre los peces, lo cual supone el uso de nombres distintos; en el griego (que tiene cuatrocientos nombres para los peces) fué el *ichthys* que sirvió de símbolo a los cristianos. El pescado asado fué ofrecido por Nuestro Señor Resucitado a sus apóstoles a orillas del Lago; es la forma natural de prepararlo, favorita, por ejemplo, para nuestros pescadores criollos pobres. Puede leerse en H. Lesêtre (Diccionario de Vigouroux) la lista de las numerosas citaciones de peces en el A. T. Es una bendición su abundancia (Ez. 47, 9, 10), y su destrucción, la cólera de Dios (Is. 50, 2; etc.). Estaba permitido a los Israelitas comer los peces pero los que carecían de escamas y aletas eran abominables, como el más grande del Lago Genesareth o Mar de Tiberíades, el siluro *Clarias machacantha*, que es como un bagre, y otros del mar y del Nilo. Todo esto fué abolido por N. S. J. C. El Tiberíades era muy rico en peces, tan parecidos a los

del Nilo que en tiempos de Flavio Josefo se creyó en una comunicación subterránea; la causa reside en que antes la superficie gozaba de aguas dulces, (ríos, lagos) que las unían. Los viajeros citados por *Lesêtre* vieron en el lago como muchas veces estos cardúmenes de peces forman bancos extensos y espesos que agitan el agua en la superficie; suelen citar como característico al género "Chromis", muy conocido por su "gestación oral"; y "Fué probablemente en las fauces de un chromis que, a la orden del Señor, San Pedro encontró el "estatero" (moneda) destinado a pagar el tributo (Mat. 17, 26,)", o didracma: obsérvese que este pescado lo sacan con anzuelo. En realidad, su nombre científico sería *Tilapia galilaea* Artedi 1762; se lo encuentra, además, en el Nilo y através del Africa hasta el Níger y la costa occidental. "Es especialmente buena para comer" (L. R. Aronson, 1956). Otra especie *T. simonis* Gunther 1864, también puede ser pues es de boca muy grande. Estos peces tienen la singular costumbre que el macho recoge los huevos fecundados en la boca y los incuba, cuidando después la cría ("gestación oral"). La familia es de los Cíclidos (pues el nombre de crómidos fué cambiado, véase Pellegrin, '1904) que tienen también numerosas especies en América del sur, como las chanchitas, castañetas, juanitas, del Paraná: éstas últimas tienen cierto parecido con las tilapias que, por cierto, se reconocen muy bien en las figuras de los monumentos egipcios. Respecto de la primera citada el famoso ictiólogo David Jordán dice que "se supone que formaba parte de la gran redada de pescados en los Evangelios, y una pinta negra en el flanco se dice conmemora el toque de San Pedro". Sucede que un pez de mar, el *Zeus*, también tiene la pinta y se lo llama "San Pedro", lo cual provoca la burla de Cazin; pero éste ignora aquel carácter en el pez del Lago. Los autores señalan que en la primera multiplicación los peces debían ser pequeños pues el niño los llevaba en camino con los cinco panes; en la segunda, algunos llevaban pescados: "Estos pescados, salados o secados, formaban parte de las provisiones de ruta con que se munía ordinariamente el israelita;" se dice que serían de unas especies pequeñas de color plateado que desde el Jordán abundan en bancos, siendo semejantes a sardinas o como nuestras mojarras. Otras referencias a peces son a los del Nilo, algunos de tamaño grande; en el desierto los israelitas desagracedidos añoran los que allá comían gratis ("de balde", traduce gráficamente Straubinger), y entiendo que por la facilidad de su pesca; y no, como parece suponer *Lesêtre* los pescados muertos en la playa cuando la primera plaga, puesto que se corrompieron en seguida.

En los animales con nombre propio hebreo la identificación es segura; como en el caso de un ave, el pelícano. Se alimenta de peces, a los cuales captura nadando, yendo muchos pelícanos en hilera hasta formar un círculo que encierra el cardumen; almacena los peces en la enorme bolsa flácida que posee debajo de la quijada inferior, y algunos los va digiriendo; pero cuando se ve obligado a huir o cuando llega al nido a alimentar sus polluelos, apreta la mandíbula contra el pecho y regurgita el contenido de la bolsa; de ahí el nombre hebreo de *ga-at*, vomitar. De tal hábito nace la leyenda del pelícano que resucita sus polluelos con su sangre, abriéndose el pecho. Tiene un aire solemne y triste, a lo cual se deberán las expresiones del "pelícano solitario en el desierto", pero vive al borde de las aguas; cierto que los torrentes se secan. A propósito de traducciones, una dificultad puramente verbal es la versión de *ga-at*, por el griego "onocrótalo", pues su voz parece el rebuzno de un asno. Además, este nombre de onocrótalo ha sido utilizado para un reptil, una lagartija que, efectivamente, es la habitante del desierto, en Sofonías. 2, 4, respecto de Nínive arruinada; unos ponen el alcaraván (un ave zancuda) y el pelícano "que harán su morada en sus capiteles", lo cual no es propio para el pelícano, ave acuática, pero sí para la lagartija, o como señala *Lesêtre*, de los Setenta, el camaleón. El erizo figura en otras, pero es terrestre, no trepador; a menos que las columnas estuviesen ahogadas por la arena de las dunas ("campo de devastación", árido como desierto). El uso de "erizo" ha traído otras dificultades. Por cierto que con el safán.

El safán o damán es la versión segura aunque no muy conocida del nombre del animal que llamamos científicamente *Procavia* y más generalmente *Hyrax*. La versión de Bover-Cantera de Proverbios 30, 24-28 dice así: "Cuatro seres hay

minúsculos sobre la tierra, pero que son sabios entre los sabios: las hormigas, pueblo sin fuerza, pero que preparan en el verano su alimento; los damanes, pueblo sin potencia, mas que emplazan en el roquedal su madriguera; no tienen rey las langostas, más salen a campaña todas ellas en escuadrones; el lagarto, que puedes coger con las manos, pero que mora en los palacios reales". Más o menos lo mismo en Nacar-Colunga quienes ponen la nota: "El "damán" que la Vulgata traduce por conejo es un animal de la fauna de Palestina que no tiene nombre correspondiente en nuestra lengua". Efectivamente; Vigouroux lo dejó en duda pero si resolvemos en positivo lo que plantea, lo traduciríamos directamente por safán, aunque se ha extendido el uso francés de damán. Se trata de un mamífero del aspecto y tamaño de un conejo, cuyo nombre se ha adoptado, como vimos, aunque allí no existen conejos verdaderos. Straubinger siguiendo a la Vulgata en su primera traducción, así lo hizo. ("los conejos, tímidos animales, que colocan su madriguera entre las peñas") En unas notas de historia natural al tratado de Claus usaron el nombre sudafricano ("boer") aún más inapropiado de "tejones de las rocas". y Straubinger en su versión final de los textos primitivos, adopta "tejón". En inglés usan "coney". En realidad, constituyen un orden de mamíferos peculiares llamados Hiracoideos, con una curiosa mezcla de caracteres, por una parte primitivos, por otra especializados, además de caracteres especiales de otros órdenes. Existen en Africa, y en el oeste de Asia siendo *Procavia (Hyrax) syriacus* el que vive entre las rocas, en Palestina y Siria. Es tan tímido que al mínimo ruido escapa a esconderse. Vive en comunidades, así que es exacto lo de "pueblo", débil y tímido.

En este mismo texto, una versión, en vez da largatijas, da "arañas" y "que trepa por sus pies"; lo primero, es habitual y queda más irónico; lo segundo, cierto para los dos casos pues las lagartijas llamadas gecos trepan por las paredes gracias a unas ventosas de los dedos.

Las ofrendas para la construcción del tabernáculo, las más preciosas y raras (Exodo 25, 5; 26, 14) incluían unas pieles que Straubinger, siguiendo el uso común, llama "pieles de tejón", mamífero carnívoro que fué común en aquellas regiones, pero señala en nota que Bover-Cantera vierten "Pieles de tajas" y dicen: "Estas pieles de color violeta son las del dugong o vaca marina, anfibio común en el mar Rojo". Se trata, pues, de esos extraños mamíferos del orden de los sirenios (que en América posee el manatí), y que dieron origen a la leyenda de las sirenas por la forma y como surgen del agua y las hembras amamantan las crías. La piel es gruesa y por el tamaño del animal es grande. Su color violáceo al ser curtida explica que en otras versiones y también para Ezequiel 16, 10 se diga pieles de cordero teñidas o pieles iantinas o color jacinto. Véase Vigouroux, I, pg. 609. El nombre de tajas recuerda un apero sobre los bastos, para el que se usa cuero curtido. Desde luego que el cuero de dugong o sirena era mayor lujo que el de tejón.

A veces las dificultades nacen de que un mismo nombre se aplique a varias especies; en nuestra fauna argentina tenemos el ejemplo de "nutria" que es un carnívoro acuático muy semejante al que en otras partes recibe ese nombre y el de lontra (y "loutre" en francés); pero el uso más difundido es para un roedor, también acuático, cuyos nombres indígenas son "quiyá" al norte y "coyptú" al sur. Nosotros llamamos "comadreja" a unos marsupiales mientras que el nombre verdadero es de una especie de hurón. Son varias y muy diferentes las aves a las cuales llamamos "cuervo", y ninguna de ellas pertenece ni al género del antiguo continente. En la región bíblica se consideran seis especies de cuervo, que tenía un nombre particular, aunque a veces lo confundían con cornejas y urracas.

A propósito del cuervo referiré una consulta que hice a Mons. Straubinger y guardo la contestación escrita con su prolija letra. Sucede que en el libro de Bernard Acworth "The Cuckoo and other Bird mysteries", London, Eyre and Spottiswoode, 1944, se traduce como cuco o cuclillo el nombre del ave mencionada en Lev. 11, 16 y en Deuter. 14, 15 "entre el halcón nocturno y el halcón" (así dice el autor); esta obra la comenté en "Ciencia e Investigación", Buenos Aires, noviembre 1945, pgs. 510-11, señalando que parecía influida por ciertas teorías etnológicas. ya que el cuco es un ave que no construye nidos y la hembra pone sus huevos en los nidos de otras aves; este autor pretende que "cuco" sería una palabra primitiva

que significaría "engaño adúltero"; pero lo discutible era su identificación de esta especie. En la Biblia católica en inglés, según la primera versión en Douay, notas de Challoner, editada por Horstmann (ed. Philadelphia, 1879), con el "Diccionario" de Dom Calmet, no hay tal cuco, sino "raven", cuervo. En el dicho léxico figura como ave de presa o rapiña, que no lo es. La respuesta de Mons. Straubinger fué la siguiente: "Todas las versiones del texto hebreo rechazan la traducción "cuclillo" y ponen en lugar de eso un nombre que significa un ave de rapiña: gavilán. Otros: gaviota. Otros: Idro. La nueva versión protestante castellana: gaviota.

"El hebreo dice *shajaf* y el diccionario hebreo vierte este nombre por *Larus* (Seemöve = gaviota). Otro diccionario hebreo lo traduce por *aesalon* (Accipiter) o *larus*.

"Los *Setenta*, la más antigua versión del hebreo (siglo II antes de Cristo) dice *larus*.

"Por lo demás, hay que observar que nadie conoce con absoluta seguridad las aves del Ant. Test. y sus nombres, por lo cual es comprensible que uno u otro traductor siga su opinión particular. En todo caso es audaz fundar teorías sobre una versión tan poco probable".

Anotaré que, en zoología, *Larus* es el género de las gaviotas; *Accipiter*, es de un halcón o gavilán: estas son rapaces o de presa; la gaviota es de otro orden, aunque sus costumbres sean de carnívora, insectívora y aún carroñera. Jorge Casares, autor de las etimologías en el Catálogo Sistemático de la Aves de la República Argentina" (Museo de La Plata, 1935-1946) por Steullet y Deautier, comenta muy bien esta versión del griego por "laro", palabra que, señala, figuró en el Primer Diccionario de la Academia Española. 1726-1739, y hasta la 4ª (1803) y desaparece en la 5ª (1817). En su traducción directa de los "Textos Primitivos" (Buenos Aires, Desclée, 1951) Mons. Straubinger adoptó "gaviota" como el nombre apropiado. Conviene leer sus aclaraciones en nota al Lev. 11, entre otras la aclaración que la liebre no rumia sino que con su boca ejecuta movimientos que la remedan.

A propósito de aves Abel cita una lista de Bigger con 307 aves para Palestina y Transjordania, de las cuales la mayor parte son migratorias. Recuérdesse el episodio de las codornices en el desierto sinaítico, fenómeno migratorio de que me ocupé en la "Revista Bíblica" año XIII, julio-setiembre 1951, N° 61.

Ya hemos visto que para Moisés y luego los hebreos (sigo en esto a Vigouroux, anticuado, si se quiere, pero sensato) la clasificación de los animales se basa en su manera de andar: las aves son las que tienen alas y vuelan. No es de extrañar, pues, que ciertos insectos estén entre las aves, en una categoría especial; los reptantes son abominables; los saltadores pueden ser comidos, y hay toda una nomenclatura para las langostas (Lev. 11, 20-3). Ya he aclarado respecto de las langostas que comía San Juan Bautista en el desierto que *eran* langostas (ver "Revista Bíblica", enero-marzo, 1951, N° 59, La Plata). En el A. T. tenían nombres diferentes para especies y para estados de desarrollo, sin alas, y adultos alados. Los reptiles no eran solamente los de esta clase zoológica sino los "reptantes", incluso algunos insectos, pero también topes y ratas. Insectos mencionados especialmente por sus hábitos han sido las hormigas, en el texto inmortal contra el haragán; pero esto merece un artículo aparte. También me propongo ocuparme aparte de los insectos mencionados expresamente como plagas de los sembrados pues hay mucho que aclarar y es admirable la descripción (Joel 2, 25) de la sucesión de los daños, la oruga cortadora (la isoca para la Argentina, que bien conocemos), luego el "insidiosos", que para mí es un gorgojo, que tradujeron "bruco" algunos. y luego otra plaga. Knabenbauer (1924) trae algunas equivalencias. "Polilla" como traducen para las palabras de Nuestro Señor (Lc, 69) es un término genérico útil para expresar que los objetos orgánicos son perforados, carcomidos, pulverizados por insectos o sus larvas en lo oculto; pero en entomología se usa el nombre de "carcoma", larvas y adultos, para insectos, generalmente coleópteros, es decir, los cascarudos, y que perforan o destruyen corroyendo maderas vivas o secas, frutos, lanas, cueros, etc; son los que llamamos cascarudos, barrenos, taladros, etc. Pues polilla es solamente un lepidóptero, mariposa nocturna, que el macho tiene alas y la hembra vive en un capullo.

Respecto de dos nombres de animales se ha hecho más literatura de la debida, por los escritores profanos; primero, el leviatán (Job 3, 8; 40, 20-8 y lo que le corresponde de 41) es evidentemente el cocodrilo, cuya área de dispersión ha llegado mucho más al norte que el Nilo en tiempos pasados; aparte que, como señala Straubinger, es figura del diablo, la descripción de las placas o escudos, que lo hacía invulnerable en donde lo acorazan, para las armas de entonces, y la gráfica expresión que deja la huella de sus hileras de placas en el fango, hasta la referencia a los ojos "como los párpados de la aurora", indican el cocodrilo; entre los reptiles, en zoología, estos animales son llamados "loricados" por sus lorigas o escudos gruesos y duros, a diferencia de los "escamados", que son, las serpientes y saurios o lagartos. El otro animal es también de Job (40, 10-19), "Mira a Behemot, creado por Mí lo mismo que tú". Es el hipopótamo. Las dudas expuestas por algunos se refieren más a modalidades de traducción. El conocido botánico norteamericano Moldenke y su esposa ("Plants of the Bible", Waltham, Mass., 1952) han renovado la discusión al disentir con la identificación de las plantas referidas; en el asunto de la especie del loto la dificultad reside con la versión protestante de Goodspeed. Todo que éste y Moffat creen que se trate del hipopótamo, aunque después, por ahí se nos dice que éste no vivía en el país de Job, cosa que no han examinado a la luz de la zoogeografía prehistórica. Los Moldenke sobre este asunto reconocen la sensatez de la versión católica inglesa llamada de Douay y entre otros puntos también, como así en la nueva edición por O'Hara. En su nutrida bibliografía no encuentro las buenas aportaciones católicas, ni Vigouroux y sus continuadores. La traducción de Straubinger dice así: "Duerme debajo de los lotos, en la espesura de los juncos y pantanos", y la discusión nueva pretende que sean unos arbustos de tierras áridas, pero todo es por el uso de la palabra loto unida a arbusto o matorral, cosa que es opinión de Goodspeed y no surge de la descripción del texto. Anotan bien que si "come pasto" no puede ser ni ballena ni cocodrilo, como creyeron otros.

Hubo quienes hicieron burla de la Biblia por la supuesta mención de animales fabulosos, cosa que es cierto respecto de las mitologías paganas pero no en verdad sobre la Escritura. Cuando se ha traducido "Draco", dragón, por una parte se ha dado como figura del diablo, pero, aparte de ello, el concepto de dragón es muy antiguo; se refiere a un reptil, un lagarto con alas; que la imaginación lo agrande, eso es humano, pues en el hombre siempre subsiste el niño y sus terrores. La verdad es que los hombres del más lejano oriente han conocido los dragones, porque existen; la humanidad más antigua ha transmitido estos conocimientos, que están en el lenguaje, en los nombres, a veces dormidos, pero presentes. Que no hubiera dragones en las tierras bíblicas no quiere decir que los escritores inspirados (¡y qué sabios eran!) no supiesen de ellos. Según dice Ditmars ("Reptiles of the World". New York, 1924) pg. 46, en una especie de las lagartijas trepadoras de paredes llamadas gecos hay una ancha membrana lateral, a cada lado del cuerpo y de la cola, la cual les permite saltar, como volando de un árbol a otro; vive en la Malaya. En cambio, los "Dragones voladores" son más de veinte especies en aquel archipiélago y la península; en estas lagartijas un cierto número de costillas están muy prolongadas, salientes y movibles lateralmente, y a ellas está adherida la piel membranosa; en reposo estas formaciones quedan plegadas al costado, como alas, pero si saltan a otra rama o árbol, despliegan estas "alas" que poseen colores como los de una mariposa, y así obran como deslizadores o paracaídas, no como alas para vuelo "batido"; pero según dicen el espectáculo es impresionante pues además poseen unas pantallas o abanicos (hasta triples) en el cuello y que en una especie llegan a ser hasta un tercio del cuerpo". El tamaño de estos dragones no pasa de un pie de longitud pero son muy visibles por sus "alas", muy grandes con respecto al cuerpo. La especie tipo se llama científicamente *Draco volans*. El gran pintor llamado comúnmente Matías Grünewald (1455-1588) que por su estilo viene a situarse entre la Edad Media y el Renacimiento, en su famosa obra "Las tentaciones de San Antonio", al fondo, a la izquierda, entre otros animales más o menos hijos de la leyenda y de su fantasía, representa unos pequeños dragones, como lagartijas con alas, al estilo de los gecos voladores mencionados, y estas alas parecen los élitros

de los coleópteros o cascarudos; así concebían los dragones, que a su vez eran figuras de demonios. En el Apocalipsis es directamente el diablo.

Otros supuestos animales fabulosos, alegados por los críticos, son los conocidos, pero con nombres cambiados; como el Monoceros, que es el rinoceronte; y en algún caso la traducción es defectuosa, refiriéndose al toro primevo, un aurochs, cuando no un búfalo. Otro caso es el de un nombre fantástico aplicado al comunísimo chacal del desierto. No hay para qué seguir con esta lista.

Una de las conclusiones que permite este somero estudio es que para el valor incommensurable de la Biblia como registro de la Palabra de Dios, tienen muy poca importancia ciertas identificaciones y discusiones de los naturalistas respecto del erizo, el puerco espín o el pececillo. Resultan "ociosas discusiones" frente a que Nínive, la orgullosa ciudad terminó en la desolación y que los animales silvestres, cualquiera fuesen sus nombres humanos, la habitaron. Nuestra ignorancia se patentiza, y la deficiencia de nuestro saber; pero el corazón manso y humilde es el mejor para quienes enseñan. La ciencia que vale es la de salvar el alma. Como lo dice el cantar de nuestra tradición cristiana. Otra conclusión es que "la Biblia ha dicho la verdad", aún sobre minucias, y no siendo ese su fin. Tercero, la ignorancia presuntuosa de los críticos estilo volteriano o racionalista profesoral es la culpable de supuestos injertos de animales fabulosos; y, en las traducciones protestantes influídas por el racionalismo, la pretensión de "hacer ciencia" a costa de la identificación moderna de elementos de la fauna y de la flora, introduce dudas que a nosotros no nos afectan pues no es así como debemos leer los textos sagrados. Para quien desee mayores precisiones, pero sobre todo una base científica general sobre "el país de la Biblia" me permito recomendar vivamente una obra que considero extraordinaria por la versación de su autor en las ciencias naturales a la vez que en las escriturarias: le R. P. F. — M. ABEL, des Frères Prêcheurs "*Geographie de la Palestine*". 2 vols. Deuxieme édition. Paris, Libr. Lecoffre, Gabalda, 1933. Agradezco el conocimiento de ésta y otras obras así como reiteradas aclaraciones al señor Canónigo don Raúl F. Primatesta, profesor del Seminario Mayor de La Plata.

Finalmente, quedaría por escribir un estudio sobre los animales que están mencionados en los Evangelios, algunos de ellos directamente por boca de Nuestro Señor Jesucristo, para expresar la gozosa manifestación de la Naturaleza en la Nueva Alianza, como una nueva Creación. Pero antes hay que pensarlo bien, porque San Pablo (I Corintios, 8,2) dice que "si alguna se imagina que sabe algo, nada sabe todavía como se debe".

Dr. EMILIO J. MAC DONAGH
Ex-profesor del Museo de La Plata